



A LA MEMORIA DE IGNACIO CHAVEZ

Presentación

JAIME WOOLRICH*

"Y cuanto más sabio fue el predicador, tanto más enseñó sabiduría al pueblo; e hizo escuchar, e hizo escudriñar y compuso muchos proverbios".
Eclesiastés: 11-9.

Nos hemos congregado para realizar un homenaje a un hombre de tal excelencia, tan esencial en la vida de esta Academia y de la medicina mexicana toda, que ciertamente no necesitaría este acto para aumentar un ápice su relevancia. Somos nosotros quienes, ahora, necesitamos realizar este acto que tiene reminiscencias litúrgicas.

Es una forma de dialogar entre nosotros con quien se ausentó y requiere de nuestra invocación, para así minorar la presión del pesar que nos aqueja. Necesitamos este diálogo póstumo, además, para que quede evidencia de que fuimos testigos de la existencia de un hombre singular, cuyo nombre rebasó las fronteras y que ya es y será evocado por el pueblo de México, al que este personaje amó con hechos constantes, con esfuerzos trascendentes, sin solución de continuidad y que musitará la ternura de su recuerdo en bendiciones para el hombre ejemplar que sembró el bien, del que está tan necesitado nuestro país.

Este hombre, en la medicina mexicana de la que somos testigos, lo inició, lo fundó o lo inspiró casi

todo y con la magia de su talento y sensibilidad, hizo brillar todo lo que tocó a lo largo de su vida.

Cubrió la actividad médica, y la cardiológica en particular, con un manto de humanismo, hasta los presentes momentos en que la medicina parece declinar hacia pendientes fríamente técnicas, artesanales. Siempre insistió en que el médico debía considerar la cultura como un complemento de su oficio, ya que los médicos "somos el puente más anchamente tendido entre la ciencia y el humanismo" y que éste no consiste en ser bondadoso, ni ilustrado, ni cultivador de las letras, de la historia y del arte; pero que todo ayuda para afirmar su sensibilidad, para ver al hombre con simpatía, para comprenderlo en sus miserias y virtudes y elevar la razón de la vida para estar presto a servirlo y ayudarlo.

No se cansó de repetir que el médico es un ente social, frecuentemente solitario en sus problemas, que sólo él resolverá con su conciencia; pero que siempre debe ser solidario con los demás. Solitarios y solidarios a la vez, repetiría Ignacio Chávez con Jean Guittón.

Fue terno en ponderar la acción por encima del valor de las palabras, aunque él llenó nuestro ámbito médico con ambas, en equilibrio admirable, la acción como necesidad y la especulación como lujo.

Se ha dicho que históricamente hay siglos que se explican con sólo emitir un nombre. Creo que este es el caso de la Academia Nacional de Medicina y

* Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

de la medicina de México con Ignacio Chávez. El fue y será nuestro gran ejemplo, nuestro orgullo; en cierta forma deja a muchos en una especie de orfandad; en cierta otra nos redime del olvido histórico.

¿Y qué de la Academia e Ignacio Chávez? En la ocasión en que recibió su diploma de miembro honorario, en 1967, él mismo se adelantó a señalar que la vida le había deparado otros surcos y no la Academia, donde sembrar su esfuerzo.

Y antes, en 1933, en el discurso de toma de posesión como presidente de esta Corporación, se había quejado de la poca oportunidad que se había dado, que se daba, en un breve año, a los presidentes de la Academia, para poder realizar algo, dejar alguna huella de su paso.

Sin embargo, estamos aquí, en este espléndido auditorio, porque el académico Ignacio Chávez soñó con que hubiera un lugar, como los que él había visitado en otras partes del mundo, con todas las comodidades que tiene esta Unidad de Congresos y dentro de ella, la joya espléndida de este recinto, bajo la mirada de quienes nos precedieron y presidieron; planeado así, con esta generosidad de espacio, "su vestíbulo con bustos de figuras médicas en que la Academia busque inspiración".

Si la terquedad del Maestro se hubiera empeñado en redondear la obra, su proyecto, no sólo tendríamos estas instalaciones de que ahora gozamos; tendríamos bajo nuestra responsabilidad la Biblioteca Médica Nacional, con capacidad para 172 lectores y 153 000 volúmenes; además de algo ya no tan académico, el restaurante y el estacionamiento, que estaba calculado para enfilarnos en la ruta de nuestra liberación económica, que ha constituido nuestro más acariciado, ya viejo sueño y que sólo un nuevo, tenaz Ignacio Chávez podría hacer realidad.

En noviembre de 1957, en una sesión de esta Academia, finalizó la presentación de su plan, cuando estaba ya realizándose. Decía entonces: "Fomentar la vida académica no es un lujo... es ofrecer a las élites intelectuales de México el estímulo necesario para la libre discusión de sus ideas y para la difusión universal de sus doctrinas; es poner a México en el plano internacional, en vez de mantenerlo en el pequeño rincón oscuro de los países subdesarrollados, como ahora se dice; es impulsar de golpe la vida de todas las instituciones médicas del país, mediante el otorgamiento generoso de un patrimonio amplio, en vez de los pequeños subsidios que se repiten año con año, sin ser nunca suficientes".

Chávez como académico, como presidente y miembro honorario de esta Corporación, nos hereda una obra; pero sobre todo, nos hereda la idea y la obligación de incrementar nuestras aspiraciones y lograr nuestra independencia económica, que será nuestra verdadera libertad. El tocó esta campana; nosotros la estamos oyendo a la distancia; pero aún en la oportunidad.

En 1933, el doctor Ignacio Chávez era director de la Escuela de Medicina y presidente de la Academia. Al organizar las Jornadas Médicas que celebraban el Centenario de la Escuela, las realizó como si la Escuela y la Academia fueran una sola institución; como conferencistas y participantes figuraron relevantemente profesores que al mismo tiempo eran académicos.

El doctor Chávez consiguió ayuda de la Secretaría de Educación Pública; se regularizó la aparición de la GACETA e inició la impresión anual del directorio oficial. Se adaptó con decoro nuestro anterior salón de sesiones.

Pareciera que ahora escucháramos las palabras que entonces vertiera, al tomar posesión de la presidencia de esta Academia, con su estilo peculiar que imponía la atención de la audiencia; voz casi susurrante y ligeramente aguda; diciendo conceptuosas verdades. "Pero en el fondo", decía, "ya no es el hombre que preside quien gobierna la Academia; sino ésta la que empuja y gobierna al hombre que preside".

"Los hombres pasan por este sitio con la celeridad de un relámpago. Presidentes de un día, por modesta que sea la huella que quisieran dejar, el tiempo los traiciona y los diez meses de labores caen, como diez granos de arena en la clepsidra antes de que ningún esfuerzo personal haya cuajado en realidades de mejoramiento".

"Y ojalá que muy pronto, penetrados más y más cada día del papel que toca a esta Academia en la vida científica del país, con la herida cada día más honda del afán de saber, que se nos clava como un dardo; y sintiendo cada vez más viva la fiebre de alcanzar la verdad, pueda el espíritu moverse en este recinto con la misma noble serenidad con que hace 23 siglos, bajo los olivos simbólicos del jardín de Academos".

Su apacible gravedad, su inteligencia siempre despierta, fueron un espectáculo invariable para quienes tuvimos el privilegio de tratarlo.

De acuerdo con el espíritu laotsiano, morir y no perecer es la verdadera longevidad. Es la más bella forma de no morir; es pasar de la vida a lo póstumo, habiendo desaparecido sólo corporalmente. Éste es el caso del Maestro Chávez. Poseyó la armonía y conoció el arte de vivir, y en su oportunidad, como lo pide el viejo libro del Tao, supo pasar entre los ejércitos, es decir, en medio de la violencia, sin espada ni coraza y con elegancia menospreció al fuerte, al arrogante poderoso.

Viviendo intensamente siempre, se acercó a la muerte, y el tiempo no le impuso la vejez o la decrepitud, respetuoso de su dignidad.

Pero se preguntará: ¿Es que no tuvo este hombre defectos que contrastaran sus tantas virtudes? De esto podrán hablar quienes tuvieron aún el privilegio de conocer aquellos y también quienes advirtieron mejor su luz, esa luz, que a veces hiere más desde la sombra.

La Academia Nacional de Medicina cumple un

sensible deber convocando a este homenaje y repitiendo ahora para don Ignacio Chávez y a más de cien años de distancia, las palabras, habitualmente parcas, que el ilustre liberal Gabino Barreda vertiera en ocasión de la muerte del doctor Miguel F. Jiménez. Decía Barreda: "Un conjunto, en fin, de todas las cualidades morales que pueden ennoblecer y hacer fecunda una inteligencia colosal". Y finalizaba: "Pedid más a cambio de la inmortalidad y se os tachará, con razón, de injustos y de ciegos".

Todos los conceptos que emotivamente aquí se emitirán estarán plenos de sinceridad y nobleza. Tal es la elevada calidad de tan distinguidos participantes y la pureza de sus testimonios; tal es también la virtud, la póstuma virtud y magia del hombre, del cardiólogo, del maestro, del humanista Ignacio Chávez, a quien no se le puede dedicar la frase tradicional: descanse en paz. Sabemos que para el espíritu de Ignacio Chávez, que ahora está aquí con nosotros, que nos preside y nos envuelve, esta es una petición imposible de cumplir. Lo estamos viendo, los seguiremos observando.

Ignacio Chávez como yo lo conocí

MANUEL MARTÍNEZ-BÁEZ*

He aceptado la invitación de esta Academia para participar en el homenaje que hoy hace a la memoria del doctor don Ignacio Chávez, porque me lo impone como un deber, el privilegio de haber tenido amistad íntima y trato asiduo con él por espacio de más de setenta años. Impedido por enfermedad para asistir a la sesión, uno de mis hijos leerá ante ustedes las palabras con que evocaré el recuerdo de tan ilustre amigo mío.

Las cualidades magníficas del doctor Chávez y la trascendencia social de sus obras hicieron que muchas veces, mientras vivía, se le rindieran homenajes en los cuales se relataron su vida y su labor. La prensa de la capital divulgó ampliamente la noticia de su muerte y su panegírico. Tanto se ha escrito y hablado de él que, al parecer, ya nada más se podría decir para alabarlo. Sin embargo, fueron tales sus prendas y tanto el bien que hizo en su larga vida que hay algunos aspectos de ella aún no debidamente ponderados. Si muchos ya saben de sus obras capitales, algunos cercanos a él por largos años, conocemos rasgos de su personalidad, cuyo relato contribuiría a su mejor aprecio. Uno de los cuales quiero recordar ahora ante ustedes: el amor que tuvo siempre por la historia y por las bellas letras.

* Académico honorario.

En enero de 1908, cuando aún no cumplía once años de edad, Ignacio Chávez ingresó al Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, para hacer los estudios preparatorios. Ya tenía fama de viva inteligencia, asidua dedicación al estudio y voluntad firme de triunfar en la vida. Su temprana juventud y escasa corpulencia le daban aspecto casi infantil, pero su desenvoltura, la manera de expresarse y lo notorio de sus demás cualidades, denotaban una precoz madurez.

Pronto dejó entrever lo que fue el rumbo de su espíritu: mirar al ser humano como el valor más alto y escoger para destino de su vida servir a ese ideal. Tales sentimientos generaron su amor por la historia y el gusto por las bellas letras. Pero, ante todo, Ignacio cumplía cabalmente sus deberes de estudiante; su clara inteligencia y feliz memoria, le permitían comprender y aprender con gran facilidad. Alcanzó los lugares más altos y siempre los primeros premios fueron para él.

El Colegio, por sí mismo, con su gran riqueza en historia, propiciaba el interés por esta disciplina. El espíritu liberal que en él campeaba hacía posible toda lectura, sin restricciones de dogma o de facción, y Chávez tenía la pasión de leer. Por eso, cuando le tocó cursar las asignaturas de Historia Patria y de Historia Universal, no le estorbó haber tenido un profesor incompetente ni la exigüidad de los libros de Ducodray y de Pérez Verdía, textos oficiales entonces, porque él estudió la historia en la obra completa de César Cantú y en los tomos de México a través de los siglos.

Los conocimientos que así adquirió, no podían pasar inadvertidos y al año siguiente, en 1914, se le nombró catedrático en ambas materias. Aún queda uno que otro viejo nicolaita que recuerda su sorpresa al tener como profesor a un joven con edad menor que la de algunos de sus alumnos, y quien fue uno de sus mejores maestros, por su vasto saber y eficaces dotes docentes.

Al año siguiente, en que Ignacio inició los estudios médicos, renunció a sus cátedras, pero no al amor por la historia, al que fue fiel por el resto de su vida. Esa doctrina, a la que Horacio llamó "maestra de la vida", le ayudó a conocer a los hombres. Su erudición histórica afloraba a menudo, siempre discreta y oportunamente, en su trato con los demás. Ese saber inspiró y sostuvo su invariable firmeza para hacer cuanto hizo.

Su afición por las bellas letras, lo llevó a buscar el trato de los estudiantes con parecido gusto. Cuando cuatro bohemios nicolaitas hicieron el milagro de publicar una revista literaria, *Flor de Loto*, Ignacio Chávez y su compañero Samuel Ramos fueron sus más jóvenes colaboradores y entre ambos publicaron después *Ciencia y Letras*. Los estudios de medicina redujeron la dedicación de Ignacio a las letras, pero

no su gusto por ellas. Cuando vino a esta capital, para continuar tales estudios, siguió siendo estudiante ejemplar, pero también conservó aquella afición. Muchas veces me habló con entusiasmo de sus lecturas; de *Los motivos de Proteo*, de Rodó; de *Peer Gynt*, de Ibsen; así como de *Cyrano* y *L'Aiglon*, de Ros-tand. Escribió varios poemas, y con uno de ellos ganó, como premio en un concurso de homenaje a *El cadáver anónimo*, una medalla de oro, que durante varios años llevó suspendida como dije, en la cadena de su reloj de bolsillo.

Mucho más que una medalla obtuvo con otro poema suyo, el *Canto a la juventud*, que recitó en la ceremonia inaugural de los cursos de la Universidad Nacional, en 1926, en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, a la que asistió el Presidente de la República, general Plutarco Elías Calles. Cuando Ignacio comenzó a recitar, el rostro del general Calles guardaba su habitual impasibilidad, pero cuando llegó a la estrofa que termina con el verso que dice "y de la esmeralda de mi Zirahuén" el presidente miró fijamente a Ignacio hasta que terminó, y lo aplaudió con vehemencia. Por entonces, los próceres de Sonora habían descubierto la belleza de Uruapan, y cuando iban allá, el tren los hacía pasar junto al lago de Zirahuén.

Dos semanas después, la Secretaría de Educación ofreció a Ignacio la beca con la que fue a Europa, recibió las enseñanzas de Vaquez y de Laubry, eminentes cardiólogos, y recogió, visitando las clínicas cardiológicas de las principales ciudades de Europa, las notas y consejos que le sirvieron para organizar su pabellón de cardiología en el Hospital General y después, para el proyecto de lo que fue su obra capital, el Instituto Nacional de Cardiología.

Desde entonces, que yo sepa, el doctor Chávez no volvió a hacer versos, pero siguió cultivando las bellas letras. Su vasto léxico le permitía encontrar las palabras más claras y precisamente expresivas de la idea que deseaba comunicar. Afinó su buen gusto y acrecentó su habilidad para servirse del lenguaje. Sus lecciones, conferencias o discursos fueron modelo de bien decir, sobre todo los últimos. No son palabras volando sobre un auditorio, sino ensayos, lecciones o consejos en los que su vasto saber y lúcida experiencia orientan y guían a los jóvenes, para que lleguen a ser hombres de bien, cabales, sabios, y solidarios, sinceros con sus semejantes. Además, su buen uso del lenguaje fue sin duda, recurso eficaz para el éxito de sus empresas. Con él, convenció a reacios, conmovió a indiferentes e hizo decidirse a los vacilantes, y con lo que dijo y lo que escribió, y finalmente en el conjunto de su obra, puso una modalidad amable, difícil de definir, pero que creo puede ser llamada poesía. Ignacio bien pudo decir, parodiando a un pintor célebre: "también soy poeta".

Si al evocar este recuerdo he podido ocultar la emoción que me domina, ha sido porque he pensado

en Ignacio, como lo vi por última vez, vivo, lleno de vigor, llevando palabras de consuelo y un saludo fraternal al amigo inválido. La noticia de su muerte me produjo asombro; no podía ni quería creerla cierta, pensando en aquel optimismo que le había llevado a escribir, poco antes, que no se sentía envejecer, y a definir las diferencias que hallaba entre edad avanzada y vejez. Pero era verdad que se había marchado para siempre. El dolor que sufrí por su ausencia ni intentaré decirlo, porque para eso de nada sirven las palabras; sólo se podría expresar, si acaso, con lágrimas. Pero llorar ahora no estaría a tono con la compostura y el decoro que esta ceremonia requiere.

El doctor Ignacio Chávez, paradigma mexicano

GUILLERMO HARO

Pensar y actuar obsesiva, creadoramente en México, diseñando un modelo dinámico de nuestro país, realizando a la vez el mayor esfuerzo posible para su implementación, ha constituido, a través de toda nuestra historia, una actitud y un sentido de la vida poco comunes —si no que inexistentes— entre la gran mayoría de los mexicanos. Quizá esto sea consecuencia, en parte, de viejas cicatrices culturales, a las características de la conquista y dominación material y espiritual que ejercieron, por siglos, los europeos. Los españoles no vinieron, en verdad, a formar un país, nuestro país. Hispanoamérica y México en lo particular se concebían como remotos y ricos territorios sujetos de explotación. En ellos se encontraban ricos tesoros e "indios sin alma". Se venía a hacer "las Américas" sin que existiera la profunda convicción ni el anhelo de crear una nueva patria.

Muy otra fue la actitud, gústenos o no, de los colonizadores angloamericanos. De la Nueva Inglaterra, en el nordeste de lo que hoy son los Estados Unidos de América, partían en todas direcciones, pero especialmente hacia el sur y al oeste, incontables caravanas con abuelos, padres y madres, hijos y nietos dispuestos, irrefrenablemente, a construir un nuevo gran país. Los iluminaba un destino manifiesto.

México sufrió y todavía padece, las consecuencias de tan vitales y opuestas actitudes. Primero perdimos —y esto era fatalmente previsible— poco más de la mitad de nuestro original territorio; simultáneamente carecíamos de cohesión nacional, siendo fácil presa de todo tipo de intereses extraños. Nuestra relativa independencia de España fue larga y dolorosa. No faltaron unos cuantos grandes y heroicos mexicanos, pero la independencia formal la logra ese primer Ulises criollo que soñaba, a la europea, en un espejo

imperial en que él mismo se reflejara. Después, el doctor Mora nos relata la amarga historia de México y sus revoluciones. Vienen la Reforma y un grupo de iluminados, ejemplares patriotas. Sigue nuestro gran héroe nacional, don Benito Juárez, que recorre todos los caminos de México y termina con el absurdo y efímero imperio de Maximiliano, fruto de sueños de mexicanos de mente conservadora y de la ambición imperialista francesa. Un buen soldado de Juárez llega al poder y da lugar a la larga épica porfirista. El soldado indio se vuelve dictador europeizante. Crea o fortalece los privilegios de unos cuantos sobre los hombros de los más. Con mentalidad de criador de ganado, introduce colonias de europeos para mejorar la raza. Al tratar de modernizar México, lo abre en canal a disposición de los extranjeros. Estamos, nuevamente, a punto de perder Baja California, Sonora y Chihuahua. En Cananea, los rangers con grados militares en el ejército porfirista, protegen los intereses del llamado coronel William C. Greene, el rey del cobre, e intervienen en la masacre de hombres, mujeres y niños mexicanos. Y así se inicia una de las primeras grandes etapas de la Revolución Mexicana.

Los que nacimos durante o después de la Decena Trágica huertista y llegamos a plena conciencia cívica durante el periodo de Lázaro Cárdenas, nos preguntábamos con desolación cuál había sido y era el sentido profundo de la historia de México, dónde y cuántos están o han sido sus hombres clarividentes, obsesionados por un destino nacional y cómo han trabajado, empeñosa y fructuosamente por México.

En lo personal admiro y respeto, irrestrictamente, a muy pocos mexicanos de nuestro siglo. Uno de ellos, entre los mejores, es sin duda alguna, para mí, el doctor Ignacio Chávez. Antes de 1953 lo conocía de nombre, sabía de su brillante carrera como médico, científico y humanista. Estaba enterado de su capacidad creadora, de su garra como promotor, de su rigor expositivo y claridad lógica, de su paso por la Facultad de Medicina de la UNAM, de su obra como director del Hospital General, de su esfuerzo para fundar y hacer trabajar al Instituto Nacional de Cardiología, de su obsesión por la educación y por la investigación científica, de su profundo sentido y proyección históricos. Muchos de nosotros recordamos y repetimos el reto que lanzó Ignacio Chávez durante la inauguración del Instituto de Cardiología en 1944: "Necesitamos hacer ciencia —nos decía— crear ciencia nosotros mismos. Si no tenemos tradición científica, habrá que crearla; si en ciencia, más que en nada, no existe el mañana sin el ayer, comencemos por convertirnos nosotros en ayer, para que tengan un mañana los que nos siguen."

A partir de 1953, en el seno de El Colegio Nacional, del cual el doctor Chávez fue miembro fundador, tuve el privilegio de iniciar con él una relación personal y amistosa que día a día se fue acrecentando

y que considero como la mayor honra que he recibido en mi ya no corta vida.

A finales de 1960, se abre entre los universitarios una auscultación para que la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México designara al nuevo Rector que debía dirigir los destinos de la UNAM a partir de febrero de 1961. Recuerdo, con gran claridad, cómo uno de los miembros de la Junta expresó su inquietud ante el creciente apoyo que muchos universitarios dábamos a la candidatura del doctor Chávez. "Deben considerar y recordar —nos decía este taimado miembro de la Junta de Gobierno— que el doctor Chávez, al que yo en lo personal aprecio muchísimo, siempre ha sido un hombre obsesivo y conflictivo. Tuvo serios problemas en la Facultad de Medicina y posteriormente en el Hospital General. Quería hacer demasiado en poco tiempo —añadía el honorable miembro de la H. Junta Universitaria— y en México vivimos a un ritmo considerablemente lento."

Efectivamente, el doctor Ignacio Chávez era un hombre obsesivo y conflictivo. Tenía prisa histórica, deseaba recuperar, a marchas forzadas, el tiempo perdido. Su obsesión era el destino presente y futuro de México, su conflicto se dirigía contra la mediocridad, contra el no hacer o dejar pasar.

Una vez electo, el Rector Chávez señala desde el primer día de su gestión muchos de los alarmantes problemas universitarios y hace énfasis especiales en la explosión demográfica, en las cifras enormes que alcanza la deserción escolar, en el descenso del nivel medio de la cultura y en el relajamiento de las normas morales de la conducta. Se da cuenta cabal y nos indica las dificultades de la gran tarea. Con optimismo y decisión, nos hace una advertencia que ya tiene un sentido premonitorio:

"No ofrezco un camino fácil, del brazo de la complacencia y de la promesa demagógica. Por eso es posible que la incompreensión o el egoísmo de unos cuantos levanten obstáculos en el camino y aun provoquen movimientos de subversión. Frente al grito iracundo de los que se rebelan, no debe haber el silencio de quienes lo reprueban. El silencio no se oye y sólo sirve para que la duda planea sobre el silencio."

Ya en alguna otra ocasión he citado lo anterior y quisiera repetir, ahora, cómo el Rector Ignacio Chávez recibe una Universidad en donde, en su ciclo preparatorio, las materias científicas sólo se daban como optativas. En pleno siglo XX, basándose en retóricas lucubraciones de disfraz humanístico, la Preparatoria Nacional permitía y en cierta forma auspiciaba el que el estudiante pudiera optar por el camino del menor esfuerzo. Los mismos estudiantes comentaban con sentido de humor que en caso de dificultad ante las matemáticas, la física y la química,

podrían escoger materias más accesibles: la gimnasia sueca, los cantos populares o el modelado.

Para mí resulta imposible no repetir lo ya dicho por otros y por mí mismo sobre la obra y personalidad de Ignacio Chávez. Lo repito y lo remacho sin el menor rubor. Me avergonzaría si no me repitiera.

El esfuerzo interno que realizó el Rector Ignacio Chávez en el seno de la UNAM se proyectaba y complementaba en el exterior. Las universidades de provincia siempre encontraron en el Rector Chávez un apoyo decidido. La corriente de intercambio entre la capital y los Estados de la República recibió un gran aliento material y espiritual. Profesores e investigadores de carrera de la UNAM fueron comisionados para organizar e impulsar académicamente algunas ramas científicas y humanísticas en las universidades de Puebla, Veracruz, Sonora, Michoacán, Baja California, Nuevo León, San Luis Potosí, Guanajuato y otras. La preocupación de Ignacio Chávez de planear la educación superior, descentralizándola, al impulsar y fomentar el desenvolvimiento de las instituciones universitarias y tecnológicas en la provincia, se convertía en principio operante. De él nació nuestro convencimiento de que, mientras en la provincia no se cree un vigoroso movimiento científico, técnico y humanístico, no existirá en México un verdadero, sano y eficaz desarrollo humano y científico.

Muchas, muchísimas cosas más podría agregar; me las callo ahora en gracia a la brevedad.

No obstante los esfuerzos gigantescos del doctor Chávez en la UNAM, el diálogo directo y honesto no siempre fue posible. Llegó el momento en que, al amparo del silencio o la desidia de muchos, se impuso la gritería ensordecedora de unos cuantos. A la sombra de intereses mezquinos o de miopes proyecciones, vencia, una vez más, la demagogia política. Pronto tendríamos que pagar todos, por los aullidos de los menos, ante el silencio de los más.

El doctor Ignacio Chávez renuncia a la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de México y vuelve a su trabajo en el Instituto de Cardiología. Su ánimo creador no ha decaído, su obsesión por un México mejor se fortalece y amplifica. Supera con creces las envidias y los obstáculos que le presentan todas aquellas gentes menores, a quienes el talento y éxito de un hombre constituye el peor de los agravios. Ignacio Chávez encabeza, diseña, dirige y ejecuta la construcción y organización médica y científica del nuevo portentoso Instituto Nacional de Cardiología, que ahora lleva su nombre.

Pero hace algo más hasta el último día de su vida: nos muestra cómo debe ser un ejemplar hombre mexicano. El mundo entero lo respeta, lo admira y lo reconoce por su irrefrenable pasión creadora mexicana y universal. Es el Ulises mestizo, el gran paradigma de México.

La fe en el Maestro

JOSÉ MIGUEL TORRE*

Una vez más nos reunimos para evocar la figura egregia del maestro Chávez. Con dolor íntimo, calladamente guardado por cada uno, asistimos a este acto de justicia en el que de nueva cuenta se estruja la conciencia de todos los que le quisimos, pero en el que volvemos a encontrar la acción persuasiva de su ejemplo, de su espíritu de concordia, del impulso vital que él transmitía a cuantos se le acercaban.

También en esta Academia quedó grabada la huella profunda de su paso, la misma huella que dibujó el maestro en todos los sitios por donde caminó llevando su lección. Los discípulos, que lo seguimos durante una larga jornada de su vida, podemos dar fe de lo que había en él de maestro y padre. Conocemos bien la marca que dejó a su paso por la cátedra; en la Universidad, ¡en tantas universidades del mundo!, en el Instituto de Cardiología —la obra querida motivo de su esfuerzo mayor—, en el Hospital General, en tantas casas de estudio dispersas en nuestro territorio y en cuanta empresa de bien colaboró para ampliar el horizonte o para impulsar la acción del hombre. En todos esos lugares y en la conciencia de muchos hombres que ahí trató, quedó como en esta Corporación que nos congrega hoy la traza inconfundible de su grandeza de alma.

Quienes lo conocieron bien, saben que desde el primer encuentro con el maestro Chávez se percibía el influjo de un espíritu superior. Había en su persona una tranquila serenidad que inspiraba confianza y en el trato una refinada educación que propiciaba el diálogo respetuoso y serio.

Todo él era la personificación del maestro cabal; se antojaba, desde que se cruzaban las primeras frases, que se le podía confiar entera la intimidad del alma, porque guardaría para siempre la confidencia después de haber puesto su mayor empeño en comprender al hombre.

En la cátedra de la vida enseñó con pasión eso que nuestro Peñalosa señaló algún día con destacado acierto: el "ser especialista en humanidad antes que en nada"; por ello, el escenario de su lección tuvo casi la amplitud del mundo. Hoy sus discípulos están dispersos por muchas naciones, y un día, él mismo empezó su peregrinar por las universidades, para dejar en cada una la lección de humanismo, dictada con el ejemplo de su propia vida, como maestro de verdadera vocación.

Toda esta acción del maestro Chávez estaba apoyada en la fe. Sólo así puede comprenderse la mag-

* Académico titular.

nitudo que alcanzó su obra. Fue un creyente a lo largo de toda su existencia. Creyó en el hombre y creyó en las instituciones; pero creyó sobre todo en la juventud y en la Patria.

Un día su fe se hizo lección para los jóvenes y les recordó con vigor que es preciso crear "el interés y la simpatía por el hombre, por el hombre como una realidad y no como una abstracción; el hombre de carne y hueso que trabaja, que sufre, que sueña y que espera; el hombre de todas las latitudes y de todas las razas".

Otra vez, desde su querida Universidad Michoacana, dejó una de sus grandes lecciones. "Hay más en tí —advirtió a los jóvenes—, hay más de lo que crees, puedes hacer más de lo que piensas, vales más de lo que supones..."

Y en otra ocasión enseñó a los universitarios desde la capital del país lo que bautizó como "la fórmula de triunfo". Les recordó que ésta está "hecha de trabajo obstinado, de fe que no admite desalientos y, sobre todo, de pasión generosa que ignora la mezquindad humana".

Y vino otro día en que la lección partió del gran escenario de nuestra Universidad Nacional. Al recibir el grado de doctor honoris causa señaló: "Por eso nos aferramos a ella (a la Universidad se refería y por lo tanto a la juventud), sin importarnos errores, tropiezos ni avatares. Es porque creemos en ella, en su nobleza innata y en su destino". Y más adelante, al analizar la responsabilidad del maestro, volvió a su postura de creyente: "y todo nos está permitido en nuestro papel de maestros —dijo—, menos enseñar el escepticismo estéril, el conformismo triste; todo, menos dar muerte a la esperanza".

Una vez su voz se hizo exigencia para todos los mexicanos y profesión de fe en la juventud nuestra. Más que lección se trató entonces de un llamado a la conciencia. Lo hizo frente al Presidente de la Nación, al recibir el premio en ciencias. "Quiero dirigirme a todos —señaló—, a universitarios y a profanos, a mexicanos de todos los credos, pero unidos en una fe común en nuestro común destino, para decir que el futuro está en nuestras manos; que es imperioso ayudar a la juventud que viene". "Hay que abrir un amplio crédito a nuestra juventud —continuó—. El día que el país, todo el país, ayude en esta empresa de interés superior, nuestro destino habrá cambiado en el curso de una o dos generaciones".

Y acerca de su fe en México llegó el día que la hizo plegaria. Fue cuando en discurso inolvidable dibujó el perfil del Padre de la Patria. "¡Míranos, Padre!" —dijo esa vez en Morelia— "ya obedecemos tu mandato de unirnos todos. Ya el mexicano siente el orgullo de gritar su estirpe. Ya tenemos la fe en nuestro destino. Y todo eso lo debemos a tí".

Una mañana, en este mismo edificio, después de haber cumplido cincuenta años de médico, dejó su gran lección sobre el hombre: "A pesar de todo lo que he visto —advirtió—, aún creo en el hombre y en su bondad innata".

Esta ha sido, perfilada a grandes trazos, la que yo veo como enseñanza mayor del maestro Chávez. Deslizó el mensaje a sus discípulos, a lo largo de toda su existencia, con el ejemplo de su vida y con la paz que él describiera en una de sus más altas lecciones: aquella de amor y de esperanza que termina, como nos la cuenta, cuando "el Sol se ha puesto del lado del Pireo y sólo se ve como una claridad, mitad rosa y mitad oro, la colina sagrada de la Acrópolis".

Discretamente sigamos caminando la jornada, fortalecidos con la lección vivida que recibimos y atentos al camino trazado.

Ese sería el tributo más noble a México y a los hombres. Sería una oración callada, prolongada en el tiempo, a la memoria del Maestro.

El doctor Chávez visto por un maestro universitario

ALFONSO NORIEGA

Cuando recibí la invitación para participar en este homenaje al doctor Ignacio Chávez, experimenté, con el halago legítimo que una honra parecida despierta en el ánimo, el angustioso sentimiento de responsabilidad que provoca, necesariamente, el participar en el seno de esta institución en la recordación emocionada y cordial —hecha por sus pares— de una figura de cualidades tan extraordinarias y relevantes como la del maestro Chávez, tanto más en el breve, angustioso y fugaz tiempo que se me ha concedido."

Pero he vencido mis dudas; vengo a ejercitar la audacia e irrumpir entre ustedes, sabios maestros, a fin de entregaros en forma compendiada casi a la manera de un mensaje telegráfico, o bien, con temor de herir vuestras convicciones médicas, en dosis homeopáticas, mis personales ideas, juicios e impresiones sobre lo que representó y seguirá representando la personalidad de uno de los más eminentes mexicanos del presente siglo, el señor doctor, sabio y maestro, don Ignacio Chávez. ¡Lo que falte a mis palabras lo suplirá —con creces— la grandeza del personaje recordado!

Por mi parte, intentaré recordar al doctor Chávez, desde el punto de vista de un modesto maestro universitario dedicado al ejercicio del derecho, y para ello intentaré rastrear el reflejo de su personalidad, como un verdadero minero del espíritu, para dar cuenta a ustedes de mis hallazgos personales, es decir

de los valores de excepción que en él debemos reconocer.

En primer lugar, tengo la convicción de que el señor doctor Chávez, fue ante todo, un hombre que habiéndola descubierto desde muy joven, vivió y murió fiel a su vocación.

Y tengo para mí que es evidente que un elemento fundamental para situar y valorizar una vida humana, radica en la forma y manera de como ésta fue fiel a su vocación, porque ella, o como dicen los creyentes —el llamado vocacional— es como un crisol depurador de las energías intelectuales, morales y de acción, que configuran la vida de un ser humano.

Para mí es indudable que la profesión es la columna vertebral que mantiene la línea humana, la vertical del hombre y, como decía una gran mujer, Gabriela Mistral, ocurre con razón, pensar que todo lo demás en la vida es simplemente carne suave y a veces muelle, o sea una simple decoración de gestos y sonrisas.

Pero entre todas las profesiones, la medicina es quizá la que entraña mayores y más graves responsabilidades, porque tienen relación directa e inmediata con valores esenciales como son la vida humana y la salud, ese bien fundamental del hombre que consiste en un estado indecible, hecho del equilibrio de las diversas partes del organismo y de su funcionamiento armonioso; equilibrio natural que crea tal bienestar y satisfacción que únicamente nos damos cuenta de él cuando lo perdemos.

Por algo el poeta polaco Mickiewicz pudo decir, al hablar de su glorioso pueblo tantas veces oprimido: "¡Patria mía, tú eres como la salud, nos hemos dado cuenta de ti cuando te hemos perdido..."

Profesional de la medicina; en su consultorio particular, en las clínicas y en los hospitales; investigador ávido y constante en la búsqueda de la verdad; maestro de excepción en la Facultad de Medicina; partero de almas —como Sócrates— al provocar y alentar vocaciones; creador de instituciones que son orgullo nacional y de grandes obras materiales que existen como monumentos físicos a su memoria, Ignacio Chávez vivió y murió siempre fiel a su vocación, a cuyo servicio estuvo dedicado con claro y brillante talento, así como con enérgica y visionaria acción, eficaz toda su ejemplar existencia, ofreciendo en su actuación múltiples facetas, talentosa y amorosamente servidas y realizadas, y lo que es más importante, algunas ocasiones, dramáticamente sufridas, en cumplimiento fiel y devoto de su vocación.

Pero —señores y señoras— en los hombres privilegiados, como el doctor Chávez, la vocación no tiene una sola faceta, sino que es múltiple. Por ello, al mismo tiempo que sirvió a su vocación profesional, al servicio de la medicina y de su especialidad, la cardiología, este hombre singular tuvo otro aspecto esencial de su vocación humana: Ignacio Chávez fue un gran educador.

En la terrible lucha del hombre con el mundo, con su destino exterior, con su "circunstancia", como decía Ortega, que todos debemos entablar, el doctor Chávez realizó con plenitud y grandeza indudables, ese otro aspecto también vital de su vocación; fue un apóstol y un cruzado de la educación y en especial, de la educación superior en México, lo que confirmó, también por derecho propio, el carácter de ser un gran universitario, que desgraciadamente, cuando había iniciado y estaba a punto de realizar una esencial reforma pedagógica en la Universidad, fue frenado, criminalmente, en su labor creadora por una turba despreciable semejante a la que hace veinte siglos exigió tumultuosa e irracionalmente, la condena de Cristo.

El doctor Chávez en este sentido fue —sin duda alguna— un eminente y privilegiado educador y lo demostró desde muy joven hasta el fin de sus días: Rector de la Universidad de San Nicolás, en Morelia, Director de la Facultad de Medicina, Rector de la Universidad Nacional de México; en todos estos difíciles y ásperos cargos, dejó su labor testimonio de excelencia. Siempre tuvo tiempo, energía y desinterés para servir a una causa educativa y su gran obra, el Instituto Nacional de Cardiología, sin ser específicamente una institución educativa, es público y notorio que ha servido para educar y formar a legiones de especialistas en México y en muchas otras partes del mundo.

Pero, este hombre extraordinario, este ser humano de valor excepcional, fue, como médico, como investigador, como maestro y como creador de instituciones, con grandeza indudable, un gran humanista, un hombre que supo, en su pensamiento y en su acción, enaltecer los más preciados valores humanos y respetar al individuo, a la persona humana, pugnando siempre por liberarla y reconocer en ella su eminente dignidad espiritual y su valor sagrado.

"Humanismo —dijo el maestro Chávez— quiere decir: cultura, comprensión del hombre en sus aspiraciones y miserias; valoración de lo que es bueno, lo que es bello y lo que es justo en la vida."

Tal fue —tengo la certeza— la norma de vida inquebrantable del doctor Chávez como hombre de ciencia y como técnico de la medicina.

Desgraciadamente hoy día cualquier reflexión sobre la ciencia moderna y sus productos, nos obliga inexorablemente, a recordar con terror, el verano de 1945 y, dos nombres vienen a lacerar nuestra memoria: Hiroshima y Nagasaki, con lo que se nos imponen insoslayables algunas preguntas esenciales. Todas estas nuevas fuerzas; estas mayores potencias conquistadas por la ciencia y la técnica moderna, todas estas maravillas que hemos visto, ¿han logrado que el mundo sea mejor y más bello, y lo que es más grave, se ha conseguido, con estos progresos de la ciencia y la técnica, que los hombres sean mejores moralmente, más fraternales y más justos?

Es ostensible que existe hoy día una crisis aguda, sobre todo desde el punto de vista moral, respecto de la ciencia y en especial de sus productos, crisis que también ha afectado a la medicina —y perdón por invadir campos que deberían estar vedados. La medicina, como es evidente, ha hecho grandes progresos; pero, también se ha vuelto, en muchos casos, terriblemente agresiva para las personas, para los enfermos, por una parte y por otra —pienso yo—, está explorando y cultivando con fervor inusitado áreas de la personalidad y de la libertad de los hombres con pretensiones francamente prometeicas, en las que, con audaces intervenciones quirúrgicas, uso —a veces abusivo— de drogas y de técnicas terapéuticas o intentos temerarios de trasplantes de órganos, con olvido de otras funciones quizá más nobles y propias del médico, roba a los dioses el fuego sagrado de la vida.

El médico, decía el doctor Chávez, no es un mecánico que debe arreglar un organismo enfermo, como se arregla, una máquina descompuesta. Es un hombre que se asoma sobre otro hombre, con un afán de ayuda, ofreciendo lo que tiene, un poco de ciencia y un mucho de compasión y simpatía.

El doctor Chávez, espíritu sabio, lúcido y perspicaz, jamás cayó en la trampa cientificista y técnica; en su cátedra, en la clínica, en sus estudios e investigaciones, así como en congresos nacionales e internacionales, siempre postuló, como base de la formación del médico, que la ciencia, por sí sola, era insuficiente, que se debería completarla con los valores éticos, con la capacidad de comprensión y simpatía, así como con el espíritu de cooperación social del médico. “La ciencia —dijo en varias ocasiones— nos hace fuertes; pero no mejores: Por eso el médico, mientras más sabio, debe ser más culto”. Esta fue su tesis, constante, que reiteró, desde muchos puntos de vista, con su insistente prédica de lo que él llamó los “derechos del enfermo”, relativos a su integridad física y a su dignidad humana; valores que —clamaba el Maestro— deben corresponder a los deberes del médico, tanto de carácter físico como de orden moral y, para mí tengo que sus convicciones profundamente humanistas quedaron cristalizadas en estas palabras suyas, dichas apenas en noviembre de 1978, en su simposio sobre eugenesia y eutanasia médicas:

“... Actuar de acuerdo con las limitaciones es una forma de respetar la integridad del paciente, dejándolo morir en paz; calmadamente, en la actitud serena, en cuanto sabe, del hombre que termina su jornada sin luchas, sin forcejeos, sin la tortura de eso que se ha llamado con razón el encarnizamiento terapéutico...”

Y después de repetir estas espléndidas palabras de belleza y profundidad indudables, y, apremiado para concluir, quiero agregar a los matices de caracteres distintivos de la personalidad del doctor Chávez, entre otros varios a los que me ha sido imposible por la

tiranía del tiempo referirme, uno de especial importancia: producto de las privilegiadas fortaleza y claridad de su talento, aunadas a una muy seria y selecta formación cultural, el pensamiento del Maestro se volcaba, con facilidad y sencillez, en una prosa magnífica, tersa, brillante, que se insinuaba y se enseñoreaba de sus lectores, o bien de sus oyentes. El señor doctor Chávez fue un magnífico escritor y con ello logró ser también, un extraordinario conferenciante y un orador, convincente, emotivo y seductor.

Debo concluir, señores y señoras, y con la muy explicable angustia de no haber podido, por falta de capacidad o bien por carencia de tiempo, presentar en sus justas dimensiones la figura preclara del maestro Chávez, tal y como lo conocí y admiré y toda vez que en este caso comparezco en mi carácter de maestro universitario, debo declarar que el doctor Chávez, médico, investigador, educador, creador de instituciones de indudable trascendencia social, fue —para mí— al igual que para millones de mexicanos, en primerísimo lugar, con calidades supremas, uno de los más eminentes, brillantes y eficaces rectores que ha tenido la Universidad Nacional de México y su pensamiento sobre la educación superior debe ser ejemplo vivo para todos cuantos amamos —con pasión del alma— a esa Madre común nuestra, que lo es en verdad, nuestra Universidad.

Y con el deseo de tenerlo presente en este momento, recordaré unos conceptos suyos, que tuve la suerte de escuchar en un acto universitario:

“... La Universidad —decía el ilustre Rector— no es ni puede ser instrumento de nadie, ni de un grupo, ni de un partido, ni de un credo, ni de un sistema; la Universidad no puede entregarse sino a una causa, la del país que la ha creado y la necesita; que va derecho a su meta: la elevación de la cultura, forma de la libertad alada del espíritu, que no puede tener sino un culto, el culto de la verdad, que ha de perseguir con ahínco, si quiere ser de veras Universidad...”

Espléndidos conceptos y brillantes palabras, que ante las amenazas a la Universidad, que él conoció y sufrió y que nosotros, por desgracia, también conocemos, y sufrimos, nos dejó esta admonición lapidaria:

“... Esto no debe suceder; México reclama que su Universidad se salve y que forme los hombres superiores que el país necesita. Y exige también que, elevándonos por encima de las pasiones y de las miserias, nos esforcemos por ser en el mundo moral, la conciencia viva de la nación...”

Con esta alteza de pensamientos vivió y actuó, el sabio, el educador, el universitario Ignacio Chávez, cuyo espíritu privilegiado fue luz que inspiró y orientó toda una época de la medicina en México, al igual que intentó hacerlo con la educación superior.

Y ahora que el maestro nos ha abandonado, la claridad de sus enseñanzas que todavía persiste es luz bastante para guiar nuestros pasos.

Reflexiones del doctor Ignacio Chávez

FELIPE MENDOZA*

Los organizadores de este acto juzgamos apropiado recordar algunos rasgos biográficos del maestro Ignacio Chávez, trazados por él mismo, junto con algunas reflexiones por él formuladas al cumplir cincuenta años de médico.

Así, daré lectura a partes del discurso que pronunció el día 31 de julio de 1970, para agradecer el homenaje que se le rindió en ocasión de ese su jubileo profesional.

Decía el Maestro:

"... Ahora el tema soy yo. Quisiera evitarlo, pero me resulta imposible. Tengo que hablar de mí, de lo que han sido estos 50 años de lucha... El tema es largo y el personaje es cambiante con el tiempo. Unos dirán, complicado; otros quizás sentencien, contradictorio. Yo sólo diría, mutable, como todo animal de la creación.

... Cajal escribió un hermoso libro: *El mundo visto a los 80 años*. Yo escribiría otro: "Mi mundo visto a los 50 años de médico." ¡Qué inmensos cambios entre aquel día en que empecé y el alto que hoy hago en el camino!

Cambios dramáticos en todo, en la medicina que he ejercido, en la vida atormentada de este país nuestro, en el mundo convulso que me tocó vivir... Si el mundo y México y la medicina son otros, los que hemos salvado el foso del medio siglo también somos otros. Al vernos llegar de la otra orilla del tiempo, es natural que se nos considere viejos.

Ruego a ustedes con timidez que me concedan el derecho de rechazar ese calificativo... yo me quedo con mi serena convicción de que no es lo mismo vejez que edad avanzada.

Si vejez es fatiga, yo no estoy cansado por la lucha diaria. Aún pienso que si la cinta de mi historia se repitiera, empezaría gustosamente de nuevo la tarea. ¡Hay tantas cosas que hacer!

Si vejez es soledad, yo no estoy solo. Me duele, sí, la ausencia de ella; pero en lo demás, me siento rodeado de profundos afectos familiares, de nobles amistades fraternas en qué apoyarme.

Si vejez es desgano, pérdida de interés por lo que la vida ofrece, yo todavía me asomo a ella con interés apasionado. Aún aliento propósito y aún me sacude a veces la santa indignación.

... A pesar de todo lo que he visto, aún creo en el hombre y en su bondad innata...

Vuelvo la vista atrás y veo que sí ha cambiado el mundo, el que más ha cambiado soy yo... Me veo niño, corriendo en las calles polvosas de mi pueblo, pequeño y triste, como todos los pueblos. Seco y

árido... con el consuelo de ver correr... el Balsas. Veo la pequeña escuela donde aprendí a leer, el llano ancho, caluroso a donde íbamos a caballo, cuando caía la tarde.

Recuerdo la casa familiar, muy grande, con su portal afuera, sobre la plaza. La familia numerosa y unida, con su hilera interminable de hijos. Cada uno de ellos, al llegar a los 5 años recibía el regalo más preciado, su caballo. Yo tuve el mío, pero lo perdí muy pronto, porque casi al día siguiente me llevaron a estudiar a Morelia.

Esa era ley en nuestra familia... Hijo que llegaba a los 6 años, hijo que emigraba al colegio... No sabíamos a cuántas leguas, pero sí que era a cinco días de viaje a caballo.

... Cada año, después de la Navidad, tenía lugar el arrancón doloroso para mi madre; un hijo más que le quitaban. Era fuerte, pero no hubo vez en que no quedase llorando. La recuerdo como la dulzura misma, como si fuera toda la ternura que puede caber en un alma de mujer. Madre de sus 10 hijos, lo era también de la inmensa parentela y de todo el que tuviera un sufrimiento en el pueblo. Cuando pienso en la santidad tengo que pensar en ella.

La imagen de mi padre era muy diferente. Tenía todas las recias virtudes de un varón, la fortaleza, la energía y una rectitud de conciencia insobornable. La palabra empeñada era sagrada para él y la lealtad era como una religión... era un hombre de fina cortesía, muy provinciana; de ágil ingenio y amena conversación, todo encuadrado en la dignidad de un gran señor.

Una lección que nos dio cuando yo era pequeño habla de su reciedumbre. El general Díaz... hizo que mi pueblo, Zirándaro, dejara de pertenecer a Michoacán y pasara a Guerrero. Mi padre se había opuesto al proyecto y encabezaba el movimiento de los habitantes para defender su ciudadanía michoacana. Todo fue inútil y el laudo fue ejecutado. No pudiendo impedirlo, cuando menos se negó a acatarlo. Como un viejo patriarca levantó sus tiendas, vendió sus bienes o los abandonó, sin importarle pérdidas, y tomando consigo a su familia, emigró a una pequeña ciudad de Michoacán.

... De esa familia vengo; de ella recibí lo que más vale, lo que es definitivo en la vida, la herencia de las actitudes y las reacciones del alma, eso que llevamos en la sangre y que llamamos virtudes fundamentales; lo mismo que recibí el ejemplo... de una conducta limpia, recta, honesta, aquello, según se dice en mi provincia, que no se aprende sino se mama.

El niño de pueblo se fue a estudiar a la ciudad y creció al cuidado de cuatro tías ancianas, figuras admirables para un retablo. Ir a la escuela, rezar, estudiar para niño bueno, ésos eran mis días. Más tarde me di cuenta de que yo no jugué de niño ni tuve amigos... A pesar de eso, yo no me sentía infeliz.

* Académico titular.

Así llegó la adolescencia y se acercó la juventud... En esa época de mis estudios preparatorios pasé por el deslumbramiento de leer de todo, de discutir de todo, de devorar libros, historia, novela y poesía. Fue entonces mi primera crisis espiritual, cuando el joven se vuelve rebelde y aun llega a iconoclasta.

Despegado del mundo, refugiado en mis libros y mis sueños fui definitivamente romántico, enamorado de mis ideales, convencido de que la vida podía ser como la soñaba. Por añadidura, era tímido. El romanticismo flotaba en ese tiempo en el aire y me despegaba de la realidad y en cuanto a la timidez, ésa fue mi gran atadura, que me sujetó por largos años y nunca estuve seguro de sacudirla.

Mi amor por las letras me llevó a escribir versos... Sólo eran versos, no poesía, y cuando me convencí de ello dejé de escribirlos. Ese largo ejercicio de años me obligó después al esfuerzo de que mis lecciones huyeran de la aridez... y buscaran tener la claridad, que es cortesía y de ser posible, la agilidad, que es elegancia...

Si yo abandoné los versos, ellos en cambio, me procuraron lo que no había logrado mi empeño por la ciencia. Ansioso de aprender la cardiología, por esas fechas inexistente en México, apenas graduado busqué la forma de ir a estudiarla a Europa...

Cinco años tuve que esperar, estudiando esa rama yo solo... hasta que un día, como en los cuentos, las musas vinieron en mi ayuda. Sucedió que el Rector de la Universidad me designó para hablar en la ceremonia de inauguración de cursos. Por primera vez el Presidente de la República, que era el General Calles, asistiría al acto...; el Rector me pidió que en vez de un discurso, escribiera un poema... Acepté y escribí un Canto a la Juventud. En versos ingenuos vacié mi optimismo e hice un llamado a los jóvenes, para vivir con nobleza la vida universitaria...

... Días más tarde fui llamado por el secretario de Educación para decirme que el general Calles, muy complacido de mi mensaje, le había indicado que me concediera una beca para ir a Europa... Por paradójico que suene, yo llegué a la cardiología, no por los caminos de la medicina sino por los de la poesía.

Junto a las virtudes esenciales de la juventud, había en la mía muchas limitaciones. De mano con mi timidez iban mi espíritu contemplativo, forma quizá de disfrazar mi tendencia a la molición, y mi repulsa franca para la acción, forma velada de no forzar mi timidez. Pero en cambio tuve una gran fortuna. Mis estudios quedaron montados en el filo que separa las dos grandes épocas de nuestro tiempo. Comenzados en plena era porfiriana, terminaron en medio del estruendo de la Revolución. La primera me dejó el hábito del estudio metódico, ordenado, silencioso, mientras que el grito bronco de la lucha armada despertó en mí la conciencia de los males seculares y de las grandes injusticias que debían desaparecer, de los profundos cambios que urgía realizar...

Este primer choque entre mi yo y mi circunstancia, para hablar el lenguaje de Ortega y Gasset, fue el que a la postre me definió como soy, el que modeló mi espíritu y fijó mi rumbo...

Me fue preciso un largo, doloroso esfuerzo de adaptación. No fue el menor el que se refería a mi profesión...

... Sin que yo sepa si fue el resultado de mi esfuerzo o la obra sola del tiempo, el estudioso aprendió a coonestar su temperamento romántico con la fría objetividad de los hechos; el hombre tímido tuvo que aceptar la responsabilidad de dirigir muchas instituciones, algunas de ellas en severa crisis; el hombre dado a la contemplación se torturó con el esfuerzo sostenido y pudo gritar un día como el mariscal Lyautey: "yo soy un animal de acción", y el soñador aprendió a bajar una y muchas veces a la arena de la lucha para defender sus convicciones.

Lo que de positivo me fue dable realizar, ya se ha dicho aquí. Lo que no se ha dicho es que en ese largo confrontamiento de medio siglo entre mi yo y mi circunstancia, ésta vino en mi ayuda... En todas las empresas... mi mano encontró siempre manos amigas en qué apoyarse y mis voces de llamado tuvieron siempre un eco. Supe de amigos fieles que no me abandonaron en la lucha y de alumnos y discípulos que me rodearon con devoción por la tarea conjunta... El mérito de las realizaciones no fue, pues, de un hombre, sino de un grupo entusiasta y solidario. Yo puedo dar fe de que hay más almas nobles y más espíritus desinteresados de lo que creen en general los hombres.

No todo fue, como es natural, camino fácil y éxito risueño. Hubo también horas amargas y fracasos dolorosos. Sobre el huerto que plantó el hombre pasaron un día los caballos de Atila y dejaron sólo, como un ultraje, la huella de sus cascos. ¡Quién es aquel que no se ha sentado alguna vez a llorar sobre las ruinas de lo que levantó su esfuerzo!...

Mi lección de los años que ha enseñado a comprender a los hombres, cuando menos a muchos de ellos... ni santos ni héroes, sólo hombres, con sus ímpetus nobles y sus flaquezas; con sus ansias de triunfo y sus frustraciones...

Me ha enseñado a mirar piadosamente, cuando no dolorosamente... que el mundo está mal, pero sin admitir que el mal sea irremediable. Me ha enseñado que nada habrá de componerse afuera mientras el hombre no empiece por corregirse él mismo, y que ese proceso es largo, muy largo, incapaz de caber en el tiempo de una o dos generaciones; pero que no hay lugar al desaliento si se mira que en el último medio siglo ha habido avances en todos los campos; en independencia para los pueblos, en dignidad para los hombres, en seguridad para los débiles y en esperanza para todos.

Cierto, la lección me dice que aún falta mucho y que la desesperación no sabe esperar, pero no hay

fórmula mágica. Ya no somos antropoides y no podemos cambiar por obra de la evolución sino de la educación. El remedio no vendrá, definitivo, sino cuando aprendamos a vivir en la autenticidad y no en la ficción; cuando el que enseña y educa empiece por vivir él mismo la lección que imparte; cuando el que se rebela contra el mal de afuera y grita su indignación, no sea el primero en saltar al odiado carro de los privilegiados y acomodarse traidoramente en él, renegando de sus convicciones; cuando admitamos todos, los que enseñan y los que aprenden, los satisfechos y los rebeldes, que la vida social no habrá de limpiarse y no cobrará su rumbo hacia la dignidad

y lo que ella implica, sino cuando todos ajustemos la nuestra a las normas de honestidad sencilla, de afán generoso de servir a los demás, de congruencia entre lo que se piensa y lo que se hace, sin mistificaciones ni mimetismos". . .

Y concluía el Maestro:

"Señoras y señores, amigos todos:

. . . Busco, sin hallarlas, las palabras que expresen mi reconocimiento . . . desnudo como estoy de posibilidades, he querido ofrecerles, cuando menos, evocaciones de mi vida interior; fragmentos de mi intimidad como una manera de dar algo mío. A todos les alargó mi mano amiga y les abrazó con efusión".